



Mariano

Luis Quintana Tejera*



Éste no era su verdadero nombre. Lo había escogido él, al ordenarse sacerdote católico en aquella tarde calurosa de Roma. La máxima ilusión del joven presuntuoso se cumplía así. Honorio canjeaba su nombre por otro que recordaba su culto a la madre eterna.

De niño, su hermano Leonardo -el mayor, ateo confeso e irremediable aspirante a satanás en el pueblo de beatas al cual pertenecía-, había decidido que la mejor salida para la situación económica de la familia era enviar al seminario a sus tres hermanos menores, asegurándoles así techo y comida. Era lo que alguien había dicho ya: "París, bien vale una misa"; para poder comer todos los días, bien valía el sacrificio de sus almas.

Ciertamente Leonardo no pensaba entregar para siempre la inocencia de sus hermanos, sino tan sólo usar la bondad divina para consuelo de la familia; nunca se le ocurrió que Honorio tomaría tan seriamente esta situación hasta el extremo de no abandonar la Iglesia, como no fuera con los pies por delante.

Mariano regresó a Uruguay con la felicidad reflejada en sus labios. Dispuesto a salvar a la humanidad corrupta y pecadora, tomó sobre sus hombros el papel de redentor y marchó a su primera parroquia, en donde nadie toleró su carácter endemoniado y terminó aislándose en su propia soledad.

¡Pobre Mariano! ¡Pobre Honorio! Reprendía fieramente a sus feligreses en el confesionario. Les mandaba penitencias feroces y los denostaba haciéndolos más culpables de lo que en realidad podrían llegar a serlo en todas sus vidas.

Un día fue a confesarse con él un joven homosexual. Prescindo de los detalles, pero, al terminar de oírlo, Mariano no sabía qué hacer con aquel réprobo insolente. -¿Sabes rezar el rosario? -preguntó.

El amante de su propio sexo respondió rápido y orgulloso:

-Por supuesto, padre.

-Tu penitencia serán doscientos veintidós rosarios...

¡Era más que un sacerdote, un juez de la humanidad!

Tempranamente enajenado, regañaba a la gente durante la misa y se sentía en la obligación de amenerarse cuando saludaba a sus feligreses con un ostentoso "Dominus vobiscum". Su voz retumbaba al tiempo que su cuerpo se meneaba con un cadereco impreciso que recordaba más bien un pagano ofrecimiento que mística exhortación.

Coexistían en él la placidez y la violencia, e irrumpían en el momento menos esperado. En cierta ocasión, mientras celebraba el rito ecuaníme de la misa, susurró al oído de su monaguillo: "Traé la vinajera con el vino", y el niño, algo atemorizado y sin haber entendido lo que le solicitaba, le acercaba la que tenía sólo agua. Mariano insistió con una voccecita que respondía a la urgencia del momento, pero, al ver que el monaguillo estaba sordo a sus súplicas, terminó por dar un violento manotazo a la vinajera acuosa, la cual voló muy lejos ante el asombro de quienes observaban la escena. La violencia había ocupado el lugar del equilibrio, Mariano no podía tolerar la torpeza en momentos de tanta santidad.

Un día decidió cambiar de hábitos, valga la expresión. Pidió una dispensa para trocar su vestimenta de sacerdote capuchino por la de cura seglar. Era la época en que la iglesia empezaba a ver con horror la deserción de muchos de sus ministros, y quizá por eso atendió la extrañísima solicitud de nuestro querido Mariano. Y como todas las cosas regresan a su origen, Mariano regresó al suyo, y hubo que desandar el sendero, y volver a llamarle Honorio, como en sus primeros años.

*Facultad de Humanidades, UAEM. Tel. 13 14 07.



Nada cambió en Mariano, perdón, Honorio. Siguió siendo el mismo. Ahora instalado en un pequeño pueblo, se dio a la tarea de levantar su iglesia. Solo en su soledad platicaba tantas noches y quizá recordaba a la mujer que no conoció, quizá lloraba por el hijo que no tuvo.

Llegó el caluroso enero y con él las fiestas del santo patrono de la villa de San Carlos: San Pío X. El corazón de Honorio se revistió de alegre solemnidad. Pasaba muchas noches sin dormir pensando en los pormenores de la celebración, ordenando mentalmente y paso a paso lo que había que hacer: el templo debía pintarse nuevamente con el color alegre de la fiesta que recordaría tantos milagros del santo; los ornamentos debían revisarse con esmero; también era necesario preparar pasacalles que exhortaran a los hijos descarriados a arrepentirse de sus pecados y acogerse a la amnistía espiritual que sólo Pío X podía ofrecerles... en fin, un sin número de detalles que consumían las noches en vela de Mariano.

Cuando el sol le recordaba la hora de su primera misa, el dichoso Honorio se ponía de pie, discutía como siempre con su sacristán para que se levantara y, mientras repetía en su media lengua latina la misa para dos o tres viejitas abstraídas en Dios y distraídas de Mariano y su latín, seguía madurando los infinitos detalles de la feliz conmemoración.

Una noche despertó a las tres de la madrugada, después de haber dormido unos minutos imprecisos; se levantó rápidamente y salió a medio vestir con el sacristán detrás, quien no acertaba a explicar qué estaba sucediendo. Había recordado que los gitanos siempre llegaban a San Carlos en los primeros días de enero. Sin embargo, ya habían pasado tres de esos días y nuestro querido sacerdote no los había visto en el terreno de siempre, ni había percibido su presencia en las calles, ni en las tiendas del pueblo. Se le ocurrió pensar que la llegada de los gitanos bien podría interpretarse como una aportación diabólica en días de tanta santidad. Ladrones, sensuales, libertinos, comerciantes sin escrúpulos, usurpadores de secretos, portadores de la magia negra, los gitanos eran un pésimo ejemplo para la inocencia de San Carlos.

Así pues, Mariano resolvió exorcisar, en ausencia y en medio de la soledad de la noche, a estos hijos de satanás, para preparar así el camino que el santo patrono volvería a recorrer. El espectáculo no podía ser más grotesco: Honorio, revestido con un alba semiblanca -vaya la realidad de tantos días sin ver agua-, llevaba en una de sus manos un hisopo con agua bendita, en la otra su breviario y, acompañado de su dormido sacristán, empezaba una furiosa oración. Quien hubiera presenciado ese espectáculo -sin conocer San Carlos, sin saber quién era Honorio e ignorando la falta de sueño del sacristán- hubiera pensado que estábamos de nuevo en plena Edad Media y en medio de una diatriba de la inquisición.

Mariano invocaba a los santos y a la virgen -mitad en latín, mitad en español mezclado con un sutil italiano aprendido en los días de Roma- y derramaba agua bendita a manos llenas por el patio solitario de la parroquia.

Conforme, y seguro ya de que los gitanos no llegarían con su olor a azufre y su magia lejana, Mariano se fue a dormir mejor que otras noches, con la certeza que le daba su ministerio y la total confianza en aquel exorcismo que alejaba demonios ausentes.

El seis de enero llegaron los gitanos. Ignorantes por completo del acto inquisitorio proclamado contra ellos por el fiero sacerdote, trajeron su carga de misterio al pueblo y departieron con la gente, como siempre, mientras Mariano pensaba, no que algo había fallado, sino más bien que no podía distraer sus esfuerzos en un nuevo exorcismo y que era mejor dedicarse de lleno a su querido santo patrono, porque el 21 de enero estaba ya muy próximo.





Fueron días de arduo trabajo y concentración. Lucha intensa por coordinar lo incoordinable, por ordenar, preparar...

Finalmente todo estaba dispuesto. Una enorme estatua del santo había sido sacada de la olvidada sacristía, sometida a un cuidadoso aseo y revestida con los colores papales; así fue llevada al altar mayor del templo para que Mariano le dedicara una ostentosa reverencia cada vez que pasaba junta a ella.

Honorio estaba feliz en esos días, más feliz aún por sentirse centro de tan ansiadas celebraciones. Cuando el obispo -que había prometido participar en el rito junto a Mariano- no llegó, nuestro cura se sintió egoístamente dichoso porque no tenía que compartir con nadie la dicha de ocupar el primer lugar.

La gente hablaba de Mariano en ese hermoso domingo de enero. La gente veía a Mariano revestido con el color ámbar desgastado. La gente pensaba en Mariano, y Honorio se meneaba en el paroxismo de su saludo latinesco. Es cierto, equivocó algunas fechas en su homilía, ubicó en el medievo a un santo del siglo XIX, habló de la felicidad de los hijos en una pareja que nunca había podido tenerlos, regañó a un borrachito que se metió equivocado en el templo en el momento de su mayor fervor retórico, pero finalmente todo fue disimulado por aquellas almas piadosas, que a fin de cuentas no habían venido a recibir una lección de historia sino a revitalizar su espíritu en el encuentro con el dios que Honorio les presentaba; al fin y al cabo, como decía el propio Honorio, un hombre bueno es más importante que un hombre culto.

Muy cansado durmió Mariano la noche del 21 de enero. Cansado, pero dichoso; cansado, pero seguro de la labor cumplida. El santo patrono también dormiría hasta el año próximo, hasta el siguiente día de reyes que vendría a recordarle a Mariano que los gitanos seguían profanamente vivos.

A veces, nuestro querido sacerdote acostumbraba visitar a su familia para compartir con ella momentos de cercanía. Platicaba con su mamá, ya anciana; aconsejaba a sus hermanas, como sólo un padre lo hubiera hecho, y se horrorizaba con las historias de Marquitos y el ateísmo apenas confesado de su hermano Leonardo.

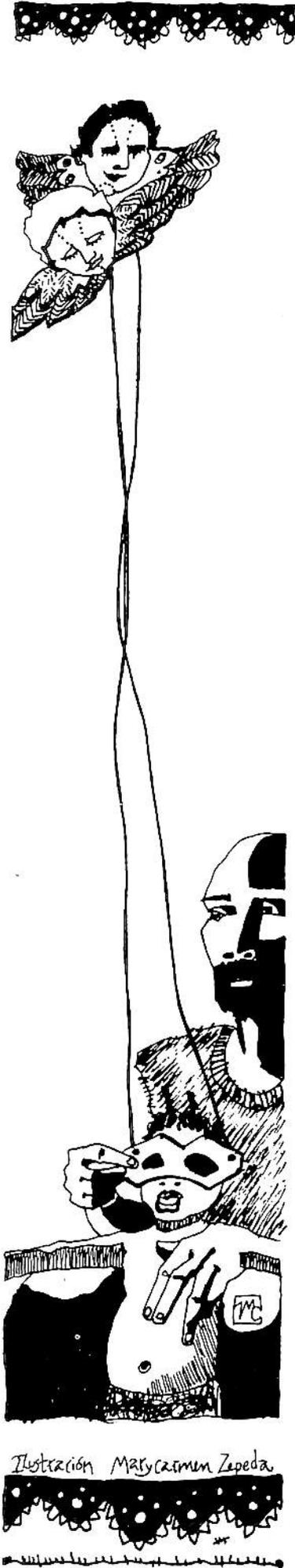
La casa en que vivía su madre -viuda hacía ya tantos años que ni la memoria lo sabía- era monástica y lejana. Sus dos únicas hermanas se habían hecho cargo de la madre en la vejez, y compartían la vivienda señorial. La casa estaba siempre muy sola aunque vivieran en ella tantas personas; parecía que la soledad hubiera establecido su sitio de residencia mucho antes de morir el padre.

Lola, la menor, se había casado con un farmacéutico quien siempre hablaba con aquel aire doctoral heredado de la profesión. De ella había nacido un único hijo varón: Fidias, quien moriría a los treinta años por no haber podido soportar un enfermo corazón.

La China, la mayor, estaba casada con un hombre trabajador y buen mozo que tenía medio locas a las muchachas del pueblo. De ellos nació un varón también: Honorio se llamó, en honor quizás al hermano santo.

Marcos y Miguel, quienes venían desde Montevideo, acostumbraban visitar la casa materna, lo mismo que Leonardo quien vivía a muy pocas cuadras. A veces llegaba el otro hermano, Alejandro, modelo austero de permanencia en el hogar, rigor de comportamiento ante la vida, que hacía decir a su hermano Marcos que Alejandro tenía mucho de trabajador, pero más tenía de aburrido.

En esa dispar familia caían a veces las arengas de Honorio: era necesario



recordarles que los viernes no se comía carne para preservar la adecuada abstinencia, que había que asistir a misa los domingos y "fiestas de guardar", alejarse del pecado y acercarse al confesionario aunque fuera una vez al mes... En fin, Mariano se veía en el púlpito cuando en realidad estaba en la cabecera de la mesa; sentía también la obligación primera de salvar a su familia como condición habilitante para emprender después la redención del resto de la humanidad.

Ciertamente, Marquitos se debe haber preguntado alguna vez por qué su hermano cura hablaba sin parar y, sobre todo, por qué tenía fórmulas tan desencantadas para enfrentar la vida. Marcos no podía imaginarse la existencia sin una botella y sin una mujer, por supuesto, que no fuera la propia.

Era domingo y estaban sentados ante una nutrida mesa. Mariano vestía la negra sotana y miraba a su madre con la alegría del niño que nunca dejó de ser. El sobrino mayor acababa de contar una anécdota escolar, y para darle el crédito merecido ante sus pequeños iguales, les dijo: "Se los juro", mientras se llevaba los dedos en cruz a la boca para besarlos. Más tardó él en hacerlo, que Mariano en ponerse de pie y llegar hasta su sobrino con una poderosa bofetada, mientras le decía: "No jurarás en vano..." ¡Qué susto el de aquel niño, cuando vio renacer la Santa Inquisición en todo su furor y estrellarse en su rostro! Así era Honorio, un modelo a medio terminar de la perfección humana.

Yo recuerdo el patio interminable de la mansión de mi abuela, el olor de la cocina a medio día, los durazneros que nunca pudieron dar una fruta sana, pero que se revestían en primavera de hermosísimas flores que auguraban un imposible; recuerdo la ausencia de sexo en aquella casa que nadie se habría atrevido a profanar con un pensamiento tan solo.

Mariano regresó temprano a San Carlos. No pudo dormir la siesta y salió a pasear por las calles sudorosas del pueblo con su andar lento y tempranamente muerto. Él siempre recorría las calles de San Carlos, quizás buscando alguien con quien hablar, para lo cual arrastraba sus pies como anciano de ochenta años, mientras sobrellevaba sus escasos sesenta.

Nunca pensó que la vida no tendría piedad con él y no respetaría su negra sotana ni su retórica feroz. Fue la vida misma quien le mandó a doña Remedios, la costurera de la calle Sarandí. Enamorada perdidamente de Honorio, quiso arrebatárselo a la Iglesia para compartir los pocos años que a ambos les quedaban. No me detengo a pensar ni un solo momento que Mariano titubeara. Creo más bien que no se atrevió a dar el paso que representaría la negación de todo lo hecho. Prefirió seguir aferrado a la pared solitaria de su celda parroquial -como capuchino fervoroso- antes que emprender la aventura del amor, antes que perseguir el imposible de un encuentro que lo hubiera llevado directamente al temido infierno.

Por eso doña Remedios no pudo entender; también ella se alejó de la vida de Mariano dejándolo más solo aún.

Muchas cosas pasaron luego. Enterró a su madre, vio morir a sus dos únicas hermanas, siguió pronunciando sermones inflamados en el desierto conmovido de aquel lugar; invocó a la caridad cristiana cuando quiso ampliar su propio templo con el dinero de los feligreses, se enemistó con aquellos que no reconocieron en él al nuevo mesías y, finalmente, caminó nervioso hacia su fin para recordarle a Dios que su premio consistiría en seguir discutiendo con Él por toda una eternidad. 